

El andalucismo

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO *

COMO casi todos los nacionalismos de corte contemporáneo el andalucismo representa ante todo un voluntarismo histo-riográfico. Sin raíces profundas en ninguno de los terrenos que conforman la existencia de un pueblo, su mixtificador recurso a la historia constituye su única credencial «científica» y su principal elemento de legitimación.

Pero este pretendido aval histórico carece de una mínima consistencia al cimentarse en una reconstrucción o lectura historiográfica que no se corresponde con la verdadera realidad del pasado. El mundo tartésico, una de las fuentes nutricias del sentimiento andalucista en opinión de sus valedores, está demasiado envuelto en oscuridades y enigmas para ver en Argantonio y sus subditos a los fundadores de la «patria andaluza». La realidad de la aventura tartésica se convierte en leyenda para los antiguos y en arduo problema para los eruditos actuales, pues ni siquiera para los autores del entorno[^] helenístico-romano la identificación de dicha cultura se hace posible. La evolución cultural indígena se marchitó para siempre; y nunca sabremos hasta dónde podría haber llegado por sí misma.

LA ETNIA ANDALUZA

La vía etnográfica, seguida por Infante y los estudiosos fieles a sus postulados intelectuales para encontrar la almendra de lo andaluz, es poco sólida y franqueada además por el determinismo racial. La etnia andaluza es tal vez la menos genuina y pura de todas las peninsulares. Lo era ya en tiempos tartésicos. El Periplo-Fuente de Avieno lo constata sin lugar a dudas. En adelante manteniéndose mezcolanzas y transfusiones de hondo calado, sufriría vaciamientos y hemorragias como las de ningún otro pueblo hispano. El siglo xni en Andalucía occidental y el Seiscientos en la oriental hicieron entrar en su torrente circulatorio a una sangre por completo renovada. «Hace siete años —escribe con acierto el más sobresaliente especialista en la materia— aparecía la primera edición de este libro, bajo el título nada "inocente" de *En torno a los orígenes de Andalucía. La repoblación del siglo XIII*. Se trataba de demostrar —en un momento político que no es, afortunadamente, el actual— que las verdaderas raíces históricas de la Andalucía de hoy se remontaban a un pasado mítico e intemporal, como el que propugnaban entonces y aún hoy los partidarios de una teoría que ha dado en llamarse "esencialista", ni el pasado islámico de la región, por importante y trascendente que fuera en ciertos aspectos, como defendían y defienden algunos nostálgicos. Por el contrario, la región comenzó a formarse como consecuencia

* Sevilla, 1939. Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Córdoba.

del gran proceso de "ruptura" que provocaron tanto la conquista como la repoblación de Andalucía durante el siglo xiii.» (M. González Jiménez. *En tomo a los orígenes de Andalucía. La repoblación del siglo xm*. Sevilla, 1988).

La senda antropológica, tan recorrida igualmente por los partidarios del andalucismo para encontrar las «esencialidades» de la región, tampoco semeja conducir a grandes horizontes. Las notas de vibratibilidad anímica, genio alegre y humor sentencioso, hiperestesia ante lo estético, capacidad asimiladora y sentido relativista son, desde luego, bien expresivas —aún con la aparente contradicción de algunas— para caracterizar a un pueblo. Y es indudable que a muchas de ellas responden páginas importantes y decisivas de la historia andaluza. Pero, aparte de ser intercambiables y su-perponibles con las de algunos otros pueblos —el napolitano, el ateniense o el siciliano, por ejemplo—, la dificultad para aceptarlas como singulares y definitivas estriba en su posible y exacta generalización en cada momento del pasado a todo territorio meridional y a su presencia colectiva e individual en espacios temporales que pueden obtener categorías históricas. Recurriendo otra vez al tema tartésico por el lugar de privilegio que ocupa hoy en una historiografía que antes y ahora llega a unir sus aguas con las de la mitología, se impone indicar que, en el supuesto de su existencia, desconocemos el cuadro territorial e institucional del reino de Argantonio, de probada entidad, desde luego.

La etapa musulmana, tan positiva en ciertos aspectos de nuestro desenvolvimiento nacional, es considerada también deformadoramente por los teóricos del andalucismo como otro de los grandes jalones que señalan su andadura. Su visión es tan reduccionista como errónea. Las grandes creaciones de dicho período, en particular las de la fase califal, no tuvieron un exclusivo marbete de lo que hoy denominamos el Sur ni sus exclusivos destinatarios fueron los nombres que vivían en la posición más meridional de Al-Andalus. Con toda justicia la simbiosis operada en dicho tramo de nuestro pasado figura como uno de los ejemplos señeros registrados por la evolución de la Humanidad hasta el presente. Indígenas e invasores se fundieron en una de las aventuras culturales más esplendentes del pasado. Probablemente se encuentra en este estado de sicología colectiva una de las principales raíces del «patriotismo árabe» sentido por los pioneros del movimiento andalucista, algunos de los cuales ubicaron —y sitúan...— en la época ahora glosada el vértice de la historia de Andalucía, tras el cual todo sería una prolongada decadencia. Extraña decadencia, sin duda, la que daría lugar al nacimiento del Estado moderno surgido en Europa por obra de las Reyes Católicos en el momento mismo en que éstos terminaban su empresa andaluza, en la doble vertiente de reconquista granadina y aplastamiento del poder nobiliario, tan fuerte en una tierra donde los municipios estaban por completo oligarquizados. De igual manera el telón caído desde entonces sobre las manifestaciones del andalucismo hasta su reaparición en el siglo xix es demasiado prolongado para atribuirlo a un acto de imposición política sobre un pueblo consciente de sus atributos y facultades.

LA ETAPA MUSULMANA

EL
ANDALUCISMO
POLÍTICO

La deturpación del pasado que en la actualidad, como en cualquier presente español de la edad contemporánea, se practica por doquier ha determinado que las corrientes andalucistas se dibujen con unas proporciones nunca tenidas en la realidad. La centuria mencionada no es una excepción. Los brotes regionalistas aparecidos en los últimos años del reinado de Isabel II —el andalucismo de los junteras iliturgitanos de 1835 debe incluirse en una categoría novelística más que historiográfica— en minoritarios círculos intelectuales de una o dos capitales del Mediodía peninsular tuvieron bien poco de reivindicativo o creador al limitarse a una ponderada queja de la desatención sufrida por el Sur en una corte pictórica de andaluces, así como a la exaltación, más mimética que espontánea, de la más extensa comarca del país. «La Gloriosa» abrió la espita a una corriente socialmente más anchurosa con la incorporación de algunos núcleos avanzados; pero sin que el movimiento progresara en cuanto a profundización intelectual tal y como lo ofrecía por aquellas fechas el ejemplo catalán, con una triple formulación ideológica de su nacionalismo. La intimidación sufrida por la burguesía andaluza ante el movimiento cantonalista alicortó sus vuelos políticos y redujo su papel al de espectadora o comparsa del caciquismo restaurador. A pesar del enorme esfuerzo de algunos grupúsculos o figuras aisladas, el andalucismo que superficialmente aceptara la burguesía en la experiencia anterior, quedó en la Restauración por completo olvidado, desempolvándolo en ocasiones como cobertura de la oposición republicana al régimen de Sagunto.

En el umbral del novecientos el andalucismo de algunos intelectuales de la Baja Andalucía cuajó en fórmulas políticas que represaban los últimos ecos del regeneracionismo cestista, en confusa amalgama de recetas palingenias, expresadas a través de una retórica anticanovista en la que la paja —confusión, delicuescencia— prevalecía sobre el grano —protesta por el hambre de tierras del campesinado, poder tentacular del caciquismo, decrepitud del bipartidismo gobernante, etc. Mera requisitoria del Sistema, que nunca llegó a conmoverse ni en sus esferas madrileñas ni andaluzas. En esta situación, en la Sevilla de los primeros años diez, el andalucismo va a cobrar por vez primera verdadera figura histórica en la personalidad de un joven notario malagueño que desgrana diariamente en la tribuna del Ateneo y en las páginas de la prensa local su dolido diagnóstico de los males que corroen a la Andalucía de comienzos del siglo **xx**.

LA
INEXISTENTE
TEORÍA DE
ANDALUCÍA

Nada, pues sostiene un elemental andamiaje de una teoría de Andalucía como un colectivo dotado de una peculiar y singular conciencia política como entidad autónoma y diferenciada de la marcha seguida por la mayor parte de los territorios del conjunto peninsular. No existe igualmente ni un solo historiador relevante que haya mantenido en algún momento la existencia de una comunidad andaluza identificada con una misión nacionalista y en posesión de las características que se atribuyen a los pueblos dotados de un operante sentimiento de individualidad política.

Elaborado en esencia por Blas Infante (1885-1936) en la estela de los pujantes nacionalismos vasco-catalán, el discurso del anda-

lucismo adoleció, como reiterada y detalladamente hemos expuesto en páginas más especializadas (cfr. J. M. Cuenca Toribio *La Andalucía de la Transición*. Madrid, 1985), del mimetismo que guió todo el simplista análisis del bienintencionado notario malagueño. A falta de una lengua propia, de una cultura específica y de un pueblo militante, sería una historia mitificada la que sustituiría en su abracadabrante pensamiento a dichos elementos como fundente de una nación andaluza, sólo real en su romántico ensueño.

Este fue tan tesonero que lograría con materiales averiados y falsas piezas edificar una imagen de Andalucía provista de un perfil que la asemejaba a simple vista con el de otras nacionalidades, bandera, himno, reivindicación político-social, y, por último, de una interpretación histórico-cultural. Su hazaña terminó con la adhesión entusiasta de un reducido y fiel círculo de partidarios, penetrados la mayor parte de ellos de una conmovedora pasión por su tierra natal, sultana vestida de andrajos.

Mas a pesar de su admirable esfuerzo, la doctrina andalucista no prendió, en ningún instante, en las fuerzas sociales y políticas con peso e influencia en el Sur. Los instrumentos de propaganda y adoctrinamiento del evangelio andalucista, carecieron, antes y después de la dictadura primorriverista, de toda virtualidad, al no encontrar eco alguno en la población; y menos que en ningún otro sector en el popular, objetivo principal de los «Círculos liberalis-tas» y de los escritos de Infante y de sus 'más conspicuos colaboradores. Una geografía tan extensa y variada como la andaluza sólo conocería muy limitadamente el credo de don Blas, apenas esparcido por los grandes núcleos urbanos de Sevilla y Cádiz.

Sin la movilización ni el apoyo de formaciones políticas o sociales de cierta entidad, el andalucismo estaba condenado a convertirse en una doctrina de resistencia para consumo de círculos elitistas, orgullosos de su identidad cultural y dolidos de la suerte adversa de una región de inagotables posibilidades y de una hoja de servicios a la patria común muy superior a la de cualquier otra.

Con el advenimiento de la II República se modificaron buena parte de los presupuestos de la estrategia y la táctica del andalucismo. Infante, claro es, se percató inmediatamente de ello, hasta el punto de poder preguntarse si alguna dimensión de sus ideas y actividades anteriores —como, por ejemplo, su rechazo de los partidos políticos— no pecarían de oportunistas o fariseas. Democratizada la atmósfera política, acemado el caciquismo y pujantes algunas de las fuerzas periféricas, nada se oponía a que su ideario fuese recibido con simpatía por los hombres de la nueva situación y llegase a implantar en estratos considerables de la misma comarca meridional. Para lo cual era, sin embargo, indispensable conectar el movimiento con el sistema circulatorio de los partidos. Falto de uno propio y rechazado más o menos encubiertamente por las grandes agrupaciones de izquierda Infante integró la extraña y heterogénea candidatura libertaria encabezada por Ramón Franco Bahamonde. El paso de don Blas por las urnas no pudo ser más desalentador. Un hombre tan arraigado en Sevilla y su provincia

**EL ROMÁNTICO
ENSUEÑO
DE BLAS
INFANTE**

**DOCTRINA PARA
CÍRCULOS
ELITISTAS**

**EL
DESCALABRO
ELECTORAL
DE 1933**

como él no llegaría a alcanzar los 15.000 votos, en tanto que el único de sus correligionarios aspirante a diputado no obtendría ni siquiera dos millares de sufragios. La soledad del movimiento an-dalucista no podía ser mayor, arreciando incluso las críticas hacia su líder de ciertas agrupaciones proletarias.

Fue entonces, empero, cuando don Blas y su credo prestaría un mayor servicio a la causa de la autonomía regional. Aunque tanto la república jacobina como la reaccionaria fueran, en verdad, hostiles o al menos prejuiciosas acerca de la viabilidad de nacionalismos y regionalismos, focos conservadores o disgregadores a su mirada, la reivindicación periférica fue diestramente utilizada por aquéllas para avanzar sus posiciones. En tal situación, un territorio como el andaluz no podía permanecer ajeno a dicha corriente si no quería correr el peligro de quedar definitivamente anclado en su papel de cenicienta. El sucursalismo de todas las fuerzas políticas y el violento antagonismo entre sus principales núcleos impidieron, no obstante, que cristalizase en aquellas favorables circunstancias una verdadera conciencia regionalista que diera vado a su unidad moral. En la conocida Asamblea de las diputaciones andaluzas celebrada en Córdoba a fines de enero de 1933 el autor de *El Ideal andaluz* fue casi el único de los concurrentes que advirtió plenamente la trascendencia del momento, consciente de la necesidad de dar al pueblo sureño un mensaje integrador e ilusionado. Sin que cupiera de ello la menor responsabilidad a don Blas, no fue así a causa del taifismo del que hicieron gala la mayoría de las representaciones provinciales.

La última gota del cáliz padecido por el notario malagueño en la primera navegación republicana se destilaría en su propia tierra. En las elecciones generales de noviembre de 1933 sus paisanos le infligirían un descalabro aún más estrepitoso que el sufrido un bienio atrás. La frialdad e indiferencia del pueblo andaluz hacia la bandera de la redención predicada con estremecedora idealidad por Infante llegó a sumirle en una transitoria depresión.

Comenzaba una nueva travesía del desierto para su movimiento, en la más completa penumbra cuando el país se llenaba de los ecos de otras regiones a la búsqueda del reconocimiento de sus peculiaridades. Extrañas historias se contarían en la época y posteriormente en torno al diálogo de don Blas y sus adeptos con los núcleos más ardientes de las tendencias extremistas de uno y otro signo. Cuando tales contactos se dieran no pasarían de ser una muestra más de la envidiable obsesión de Infante por el futuro de su tierra, para cuyo progreso ningún concurso era despreciable, sobre todo, si provenía de las fuerzas marginales al *Establishment*, incapaces en sus dos singladuras de 1931 y 1933 de dar satisfacción a las moderadas peticiones de una colectividad cultivadora como ninguna otra de la virtud de la resignación.

Sobrevino la guerra y Blas Infante fue objeto de una execrable venganza personal, disfrazada de motivaciones ideológicas y políticas. Sus partidarios se dispersaron, y el rescoldo del andalucismo se conservó en muy pocos hogares, casi todos ellos radicados en Sevilla, el único lugar en realidad poroso y permeable a su irradiación. A diferencia de otras oposiciones democráticas o no, la re-

presión franquista no tuvo que ensañarse contra una corriente descoyuntada por entero a raíz de la desaparición *de* quien con toda justicia puede considerarse su fundador.

En los inicios de los años setenta la conjunción de alguno de los miembros de la vieja guardia andalucista con jóvenes intelectuales y universitarios hispalenses sentó las bases para un relanzamiento del ideario de don Blas, vigente en ciertos de sus planteamientos por el tercermundismo en que permanecía estancado el Sur. La escasa industrialización y el precario desarrollo agrícola daban lugar a una dramática e incontenible emigración, cifra y compendio de todos los males que atenazaban a la comarca. Una Andalucía dueña de sus destinos y liberada de injusticias seculares, producto, en esencia, de una penosa distribución de la propiedad rural, tal y como había predicado sin cesar Blas Infante, volvía a otorgar a su pensamiento capacidad proselitista. Esta vez, empero, la decantación en una fuerza política del movimiento andalucista fue casi inmediata. Si bien no existió en él ningún Suresnes, la joven generación tomó sin demora las riendas del partido, encomendado a los supervivientes de las viejas batallas la tarea de custodiar las esencias del legado infantiano. Constituye todavía uno de los capítulos más ignorados de nuestra historia reciente la áspera lucha entablada en la Sevilla de las postrimerías de la dictadura franquista entre jóvenes políticos con aspiraciones mesiánicas. Sólo se sabe con certeza que a su término un abogado pro monárquico se colocaría a la cabeza del renacido andalucismo.

Merced a la intuición de Rojas Marcos éste logró por vez primera en su trayectoria aquistarse el respaldo de una fuerza social estimable: la representada por una fracción importante de la burguesía urbana ilustrada, cansada de la satelización de casi todas las manifestaciones de la vida de la región y deseosa de una modernización lograda a través de su protagonismo. No por ello el andalucismo perdería su característica indefinición ideológica y su ambigüedad política. Ambas arrojarían un pesado lastre a su paso por las aduanas electorales de junio de 1977, que otra vez volverían a registrar la ausencia de parlamentarios andalucistas en el caserón de San Jerónimo.

En la segunda convocatoria general — 1 de marzo de 1979— la poderosa emergencia de la opción andalucista expresaba con lenguaje más elocuente que ningún otro, el sentimiento de malestar y frustración ya aludidos. El Partido Socialista de Andalucía ocupaba cinco escaños en el Congreso al tiempo que recogía el 11 % de los votos de la región. En las elecciones municipales del mes siguiente la línea no se quebraba y la alcaldía sevillana pasaba a manos de uno de sus líderes. Su gloria sería, empero, efímera. La cooperación con los gobernantes ucedistas para que el acceso a la autonomía de la región se vehiculase a través del conducto del artículo 151 de la Constitución y el desencanto producido en su electorado por la mala gestión administrativa de la mayor parte de sus ediles precipitaron al PSA en la hondonera de las elecciones del primer Parlamento autonómico —sólo tres escaños de ciento nueve— y a la pérdida de toda representación parlamentaria na-

**UN
RELANZAMIENTO
OPORTUNO**

**GLORIA
EFÍMERA DEL
PSA**

**EL
ANDALUCISM
O COMO META**

cional en las elecciones de 1982 y 1986, en tanto que en las municipales de mayo de 1983 sólo Jerez y Ecija se presentaban con corporaciones regidas por los andalucistas, que en los sufragios de la misma naturaleza de 1986 llegarían a ver desaparecer su control sobre el municipio astigitano. Carente de unas bases programáticas claras; los ideólogos del PSA creyeron encontrar la salvación del movimiento en el abandono de su connotación socialista y de nacionalismo de clase para hincar la ideología del andalucismo en la defensa de los intereses permanentes de la región. Aunque esta operación de urgencia llevada a cabo poco antes de junio de 1986 no remontó la marcha del partido, quizás sea aún demasiado pronto para sentenciar acerca de la evolución de los años próximos en los que el pueblo volverá a emitir su veredicto, tal vez con caracteres; inapelables.

De la azarosa trayectoria del andalucismo o de la inexistencia de Andalucía como «nación» no cabe, en manera alguna, —digámoslo con el mayor énfasis que nos es posible— extraer una conclusión negativa acerca de la conciencia político-social de sus habitantes. El que Andalucía no fuera nunca una «nación» no implica ningún baldón o demérito. Sencillamente, un rumbo histórico cuya dirección en el ayer no nos es posible cambiar, aunque sí podamos trazarle en lo porvenir nuevos derroteros. El ayer y el hoy demuestran irrefragablemente que el andalucismo como elemento dinamizador de la política de nuestro pueblo es una meta, un objetivo digno de alcanzar y ennoblecedor de la conciencia colectiva de los habitantes de la región. Empero, todo se añasca, como ha sucedido hasta el presente, si se le hace gravitar más sobre el pasado que sobre el porvenir. La historia se transforma en fantasmagoría y la actualidad en rompecabezas si no nos situamos en tales coordenadas, que pueden —y deben— modificarse.

El 28 de febrero de 1980 fue la piedra miliar de esta nueva senda. En él quedó de manifiesto de forma indisputable la existencia en Andalucía de un nacionalismo reivindicativo de distinta conformación histórica, pero coincidente en metas con el histórico; esto 68[^] con el de comarcas de tradición y voluntad autonómicas. Lo que en un principio no pasó de ser el sueño de ciertos intelectuales, generoso en gran parte de ellos, revanchista en su porción más exigua, despertaba un vibrante eco en unas masas largo tiempo pasivas. Tal reivindicación no aspiraba, sin embargo, a crear un nuevo andalucismo basado en la conciencia de marginalidad y pobreza, sino a un sentimiento de autoexigencia por recuperar un tiempo perdido por generaciones y etapas determinadas, que, con su indolencia o miopía, recargaron en exceso el legado de deberes que cualquier hornada tiene que asumir o acometer. El futuro de la tierra culturalmente más densa y creadora de todo el mosaico peninsular no puede permanecer sujeto a su lugar en el «club» de los nacionalismos celtíberos. Ello equivaldría al holocausto de un pueblo abanderado siempre en la identificación con los latidos; de la gran patria española.